



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE ENERO DE 2025

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Catapultando la noticia

CARTA A EFRÁIM

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Querido Efraim: Mi dolor físico es inmenso como las estrellas que forman las sales del mar, hiriente como espada que parte en dos al macho, ardiente como la lluvia que destruye el bosque, arrebatándolo todo. Te repito, mi dolor es inmenso. También es emocional y mental. Yo te perdono, Efraim. Y voy a liberarte porque ya no puedo soportar este sufrimiento que cargo por tus pecados. Te libero a tu suerte y con ello me libero a mí mismo. Descanso, finalmente; porque he sufrido tanto tiempo. Eres libre de mí y yo te perdono. Nada me debes. Nada te debo.

Querido Efraim: Aquí está la historia que durante dos mil años has querido conocer. Su cuerpo fue robado por tres Apóstoles, (Bartolomé, nombrado en el libro de Mateo, y Sebastián y Lucas, desconocidos). Lo hicieron con la ayuda de Dios, pues Él durmió profundamente a los guardias. Robaron su cuerpo muerto, totalmente inerte. Lo trasladaron a Gaza, donde cortaron su cabeza e incineraron el cuerpo. Las cenizas fueron al mar. Después trasladaron su cabeza en barca, en un viaje prolongado de días, hasta la isla griega de Citera, (Kythira, Cythera, Cerigo). Ahí enterraron la cabeza, en lugar que abajo revelo.

Querido Efraim: Los mil años mencionados en el libro del Apocalipsis de la Biblia Cristiana, en realidad son tres mil. Los primeros mil, van del año trescientos trece (Edicto de Milán), al mil noventa y seis después de Cristo (masacre de Rhineland y Primera Cruzada). Los segundos mil, van del año mil noventa y nueve (Conquista Cruzada de Jerusalén), al 2033 (a dos mil años, aproximados, del asesinato injustificado), los terceros mil, no los revelo.

Querido Efraim: Te digo el sitio donde fue enterrada su cabeza. En el túnel con vistas a Santa Sofía. Ahí está. El que entienda, entienda. Lugar sagrado. Querido Efraim: Me compadeczo de ti, tanto como de mí. Siento mucho que no hubieses creído. He decidido perdonarte a ti y perdonar a Dios. Perdonó a todos los que me han envidiado, a todos los que me han hecho daño, a todos los que sienten rencor hacia mí. Con eso me libero de ellos y ellos de mí. Ahí está mi misericordia. Querido Efraim: He podido salvar a tus mujeres. Te urge arreglar tus asuntos con tu Dios.

Tres Corderos son mencionados en la Biblia: El Cordero que fue inmolado desde que fue creado el mundo, que es el mismo que el de la "Ira del Cordero", (Dios). El Cordero de Dios, (Jesús de Nazareth), y el que se casa. Conozco a muchos que han contraído matrimonio. Les pido Amor y Paz.

Querido Efraim: El libro de memoria del que habla el profeta Malaquías ha sido escrito. Los que saben, no solo saben, sino que también han sido liberados.

A todos los que leen: Solo una manera hay de salvar la vida; repito, la vida. Demostrar que no se ama nada, que no se tiene apego alguno, a absolutamente



nada, ni nadie, más que a Dios. Lo demás es insalvable.

Querido Efraim, así dice tu Dios: "Oportunidad tuviste de ser misericordioso y no lo fuiste; oportunidad tuviste de ser humilde y no lo fuiste; oportunidad tuviste de amar y no amaste".

Te repito lo que sabes y escribí tu Señor: En lengua de tartamudos hablaré a este pueblo y no entenderá.

Te perdono como la amapola olvida el aroma del desierto; te perdono como alcastraz sin aliento; te perdono como solo yo te puedo perdonar.

Querido Efraim: Viste, oliste, tocaste, escuchaste y saboreaste; y, sin embargo, no creíste. No te reprocho nada. Te urge arreglarte con tu Dios.

Clamo y lamento con dolor de espada, con furor maldito lamento mi suerte y lloro. No puedo con esta carga. Llevo la espalda clavada. La angustia no cesa. Con el estrépito en el corazón, pido y ruego de rodillas, suplico que mi dolor se detenga. No hay anestesia que calme el tormento. Clamo y lamento sin fatiga y vuelvo a llorar y me deshago en dolores de parto sin anestesia, con el dolor de la espada maldita que abre mi boca. Lamento y clamo con toda mi fuerza. Y estoy cansado y te perdono y perdono a Dios, y te libero porque ya no puedo sostenerme entre mis manos. Mi sufrimiento es inhumano. Te libero, Efraim, a tu suerte. Nada me debes. Ve con Dios. Ve con tu Señor, encuentra lo que estás buscando. Te dejo para que arregles tus asuntos con quien debes.

Escrito fue: se fue con las nubes, (el humo se alza). Escrito fue: volvería con las nubes, (llegó con lluvia). Regresa hecho de la misma energía divina, en otro cuerpo, con otro nombre. Descendencia de dos familias bíblicas inmensamente poderosas. Amén.

ALGO MÁS QUE UN CUENTO

OLGA DE LEÓN G.

Nada fue igual desde entonces. El patio de la casa en la colonia Anzaldúa, en Reynosa, no era ni demasiado grande ni pequeño. Lo interesante de su tamaño o extensión, era lo que en él podía haber, fuera del área que estrictamente podía considerarse patio. Había un espacio más expuesto hacia al exterior, junto a la calle por donde entrábamos llegando en coche a casa y por donde circulaban solo los autos que iban a sus respectivos hogares, o al de algún vecino que los hubiese invitado a comer o cenar. Por uno de los lados, el derecho, vista de frente la casa, existía un gran portón que conducía directamente a la entrada por la cocina y también al fondo del patio, en donde estaba una especie de cabaña que servía para terminar de preparar el venado o jabalí que hubiese traído mi padre, producto de la cacería. Generalmente lo destazaban los rancheros que trabajaban para el dueño del rancho a donde iba a cazar en invierno, en San Fernando.

Eran los años cuando la cacería, con "todas las de la ley", (no matar hembras, ni venados pequeños, ni con luces en la frente que segaran al animal, entre otras), era vista casi como un deporte y no como un acto criminal. Papá también se modernizó y acató los cambios, con el tiempo: dejó de ir de cacería.

Pues bien, entre la cabaña y la cocina de la casa, la extensión era bastante grande como para que un buen día, cayera allí un mini aerolito, el cual produjo una gran cavidad en el suelo y dejó seco el pasto a su alrededor.

Esa media noche, todos dormíamos en casa, no obstante, el estruendo y la iluminación en el cielo nos despertó a los mayores, a mamá y a María, la mujer que ayudaba con los quehaceres de la casa. Papá no estaba, andaba en la capital, en Cd. Victoria. Nuestra madre, que a la sazón tendría poco más de treinta y cinco

años, siempre tenía a la mano una carabina .22 que papá le dejaba por si alguien quisiera pasarse de listo y pretendiera meterse a la casa mientras dormíamos. Por esos años, no había tantos malhechores, o la economía no era muy mala en las fronteras, pues recuerdo que dormíamos en el piso de la sala con nuestras almohadas y cobertores, pegados a la puerta lateral abierta, solo con la de reja cerrada con una aldaba o pasador, ya que el calor era muy fuerte, pero refrescaba en la madrugada. Y, solo la recámara de nuestros padres tenía clima o lo que llamábamos aire acondicionado.

Mamá se dejó venir de inmediato a la sala, gritando: "¿Quién anda ahí? Váyase o le disparo". Era una mujer muy valiente, que ofrecida la ocasión, sabía defender a sus hijos. Silencio del otro lado. Hasta que al encender las luces de afuera, pudimos ver la enorme piedra medio enterrada en el patio. Y al mismo tiempo, vecinos que igual se percataron del fenómeno ocurrido y quienes, con cautela, se fueron acercando hasta el gran portón que les permitiría entrar a ver lo ocurrido.

Mamá salió a platicar con algunos de los vecinos, quienes le decían que debía reportar lo acontecido a las autoridades... Pues háganlo ustedes, por favor, yo no tengo manera de hacerlo, y no voy a dejar a mis niños solos.

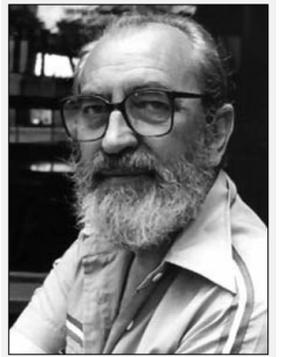
El licenciado Queratré se ofreció de muy buena gana, tenía influencias. Cuando todos -tras pasado el susto y la novedad- se fueron, mamá decidió venir a dormir con nosotros, no quiso dejarnos solos.

Y qué bueno que así lo hizo, pues en el patio, apareció una sombra rondando al aerolito que no dejaba de mirar hacia la puerta de tela de alambre. El tipo no estaba cuando mamá amenazó con dispararle a quien pretendiera meterse, así que examinó la situación y le dio media vuelta a la casa, para quedar justo del otro lado, donde había una cochera pequeña, solo para un auto y que tenía puerta de acceso directo al comedor.

Era la cochera a donde por lo general llegaba papá, cuando venía a comer, a las dos de la tarde. Luego regresaba a su oficina, tras una siesta, se iba de nuevo al trabajo a las cuatro de la tarde.

Esa noche, recuerdo como si fuera ayer, no pude dormir. Estuve despierta, alerta a los movimientos de la sombra que rondaba nuestra casa. Por eso, pude ver perfectamente que no era un humano quien daba vueltas, no sé si buscando cómo entrar. Solo recuerdo que de pronto, se detuvo y volvió a donde estaba medio enterrada la piedra aquella o aerolito. Y no sé cómo pasó, pero pude ver también que tocó con sus largos dedos un pequeño orificio de la piedra, y solo con eso, esta quedó expuesta sobre el pasto, la cavidad se cerró totalmente y él desapareció como por arte de magia junto con aquello que finalmente no supe si fue un aerolito o nave espacial.

...O la ensoñación de una niña de diez años, a quien ya le gustaba inventarse historias, jugando con lo irreal y lo fantástico.



Angel González

(Oviedo, 1925 - Madrid, 2008) Poeta español. Adscrito a la Generación del 50, el tono irónico de su obra implica la superación de la poesía social de posguerra. Hijo y nieto de enseñantes, estudió magisterio en su ciudad natal mientras cursaba la carrera de derecho como alumno libre, obteniendo el título de licenciado en 1949. Tras ejercer como maestro durante varios meses en una aldea de Páramo del Sil (León), trabajó como crítico musical en La Voz de Asturias mientras convalecía de una tuberculosis.

Ingresó luego en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, donde conoció a Vicente Aleixandre, quien lo animó a publicar sus poemas. En 1954 obtuvo por oposición una plaza en el Ministerio de Obras Públicas, y fue destinado a Sevilla. Al año siguiente solicitó una excedencia y se trasladó a Barcelona, donde entró en contacto con Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo, poetas todos ellos vinculados a la llamada «Generación del 50», a la que también pertenecieron autores como José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, José Hierro o José María Valverde.

En 1956 concursó al Premio Adonáis y recibió un accésit por su libro *Aspero mundo*. Reintegrado a su empleo de funcionario, trabajó en Madrid hasta que, en 1972, se trasladó a Estados Unidos como profesor de literatura española contemporánea en la Universidad de Nuevo México, Albuquerque. Tras su jubilación, regresó a España en febrero de 1994, y en 1996 fue designado miembro de la Real Academia Española. En 1985 había recibido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Considerado como uno de los máximos representantes de la denominada "poesía social" entre los poetas de la Generación del 50, su recurso al escepticismo y la ironía como instrumentos de crítica de la sociedad española destacaba ya en su obra *Aspero mundo*. El uso de la ironía como medio de eludir la censura está también presente en su segundo libro, *Sin esperanza*, con convencimiento (1961), nueva muestra de una poesía testimonial que alcanzó su madurez en *Grado elemental* (1962), obra galardonada con el Premio Antonio Machado.

Una selección de los poemas recogidos en *Tratado de urbanismo* (1967) anunció la segunda etapa en la poesía del autor, caracterizada por una disminución del contenido narrativo y una mayor atención a lo esencial e íntimo. Con todo, la crítica vehiculada con humor escéptico siguió apareciendo ocasionalmente en obras como *Breves acotaciones para una biografía* (1971), *Procedimientos narrativos* (1972) y *Breve muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1976).

A partir de 1968 utilizó el título de *Palabra sobre palabra*, una colección de cinco poemas aparecida en 1965, para las sucesivas ediciones de su obra acumulada (1968, 1972, 1978, 1986); pero también reunió composiciones en otros poemarios y recopilaciones como *Poemas* (1980), *Antología poética* (1982), *Prosemas o menos* (1985) y *Deixis en fantasma* (1992), así como en *Lecciones de cosas y otros poemas* (1998), reedición revisada y ampliada de poemas publicados con anterioridad.

Su labor como docente dio pie a que publicara varios ensayos de crítica literaria en los que examinó preferentemente la obra de poetas españoles, desde clásicos como Quevedo hasta contemporáneos como Gabriel Celaya, pasando por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y los poetas del 27. De su producción ensayística cabe citar *Juan Ramón Jiménez* (1973), *El grupo poético de 1927* (1976), *Gabriel Celaya* (1977), *Aproximaciones a Antonio Machado* (1979), *Historia social del trabajo* (1975), *Quevedo* (1984) y *Franco, dolor de España* (1976).

ad pèdem literae

De todas las virtudes, la más difícil y rara es la justicia. Por cada justo se encuentran diez generosos

Franz Grillparzer

Letras de buen humor

Cásate con un arqueólogo. Cuanto más vieja te hagas, más encantadora te encontrará

Agatha Christie

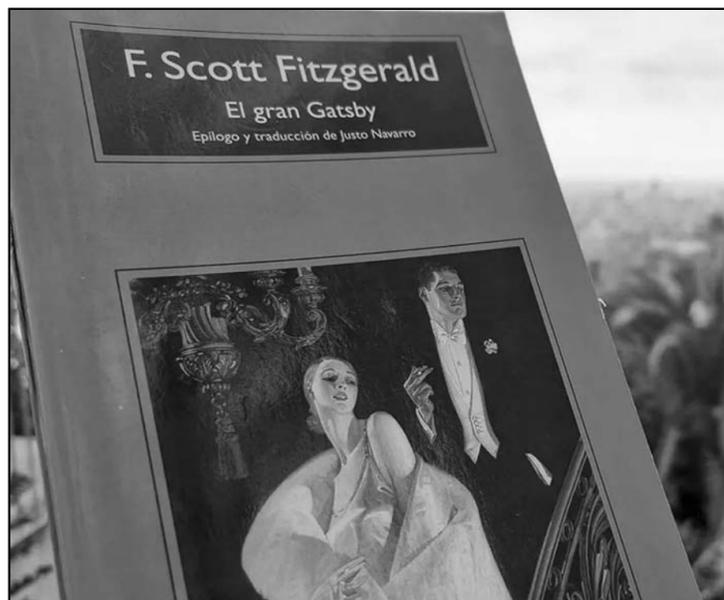
Mónica Lavín

Libros centenarios

Hace cien años se publicaron dos novelas que no sólo impactaron en su momento, sino que se siguen leyendo con devoción y que me son memorables por su capacidad de conmover y por el derroche técnico que en su momento significó una novedad. Toda publicación tiene su historia: El gran Gatsby de Scott Fitzgerald y La señora Dalloway de Virginia Woolf fueron reseñados elogiosamente en abril y mayo de 1925 en el *New York Review of Books*. Scott Fitzgerald ya había cautivado a sus lectores con *Este lado del paraíso* y con los cuentos que publicaba periódicamente en revistas estadounidenses. Pero un autor deja su marca cuando quizás ni se lo propone. El concepto de marca que le escuché a Elmer Mendoza me parece interesante. No depende sólo del trabajo del autor sino del momento en el que éste sale a la luz, de la visibilidad que le da el editor, la crítica y los medios, pero sobre todo de lo que le ocurre al lector. Tomarle el pulso al momento que se está viviendo es quizá una de las tareas más difíciles en la escritura de ficción, aunque los escritores forman parte de la conciencia moral de una época. Jay Gatsby, personaje misterioso, es mirado por la voz testigo de Nick Caraway, que ha llegado a vivir junto a su propiedad en Long Island y que es el primo de Daisy Buchanan de quién el magnate está enamorado. Ha hecho todo por construir un puente de

riqueza y apariencia que le conceda el amor de ella, casada con un fanfarrón que lleva una doble vida. Es el mundo de las apariencias donde las verdaderas emociones no están sobre la mesa. Las niñas bonitas no lloran, dice Daisy. La sinceridad en esa clase enriquecida después de la Primera Guerra Mundial no es la piedra de cambio y Fitzgerald ha sabido retratar la degradación de un sector adador de las apariencias en la era del jazz. Novela corta, contenida, precisa en el retrato de los personajes que sigue brillando como la marca de Fitzgerald. Ha sido llevada al cine por las posibilidades de su encanto visual y dramático, yo me quedo con la de Coppola con un guapísimo Robert Redford como Gatsby.

Virginia Woolf se suma a las ideas modernistas y experimentales de su época donde se había trastocado el manejo del tiempo y el punto de vista. La señora Dalloway narra un día en la vida de Clarissa que festejará su fiesta de cumpleaños. Pertenecer a la alta sociedad londinense y ese paseo de su casa a la florería, por el parque y de regreso mostrará sus añoranzas y fragilidades. Recordará el enamoramiento juvenil de Peter, que vendrá desde la India, y que proponía una vida más interesante, más dialogante que la que lleva ahora como una eficaz ama de casa y esposa, y madre deficiente. Muy interesante lo que se propuso Virginia Woolf: tejer un tapiz, como si la



novela pudiese verse de golpe, hazaña imposible porque necesita el paso del tiempo. El gran retablo es el trozo de la ciudad hilvanado por los pasos y el fluir de la conciencia de Clarissa mientras avanza el día y el pasado irrumpe y el punto de vista cambia a Septimus, trastornado por las huellas del combate. Un poeta enloquecido que no soporta el peso de la vida y de cuyo suicidio se enterará Clarissa a mitad de su fiesta, como una revelación que la hermana con él. Esa pulsión de muerte que ella ha hecho a un lado pero que la habita resul-

ta un poderoso inconveniente para una celebración feliz. Hay una proeza técnica además de una hondura humana en la novela que abarca doce horas de la vida de Clarissa. Mucho más difícil de llevar al cine por su carga introspectiva y sus virajes al pasado: En la película *Las horas*, Stephen Daldry le dio un tratamiento contemporáneo en donde tres mujeres, una de ellas Virginia Woolf, entretienen sus historias.

Resistir la prueba del tiempo es la fortaleza del arte. Que siga diciendo, nuestro privilegio.